
*TENEMOS UN ESPACIO:
ENCONTRAR LA VERDAD
EN PROVECHO DE TODAS
LAS CIENCIAS**

Alban Bonilla Sandí

Decano

Facultad de Filosofía y Letras

N

os hemos congregado en este cónclave con el propósito de deliberar acerca de nuestro quehacer. Durante estos tres días discutiremos asuntos atinentes al desarrollo de nuestra actividad. Como evento previo al II Congreso Universitario, nos corresponde la tarea de sentar las posiciones que como Facultad sustentaremos en dicho Congreso. Hacemos un alto en el

* Este fue el discurso inaugural del Pre-Congreso de la Facultad de Filosofía y Letras, celebrado los días 9, 10 y 13 de agosto de 1990. El Pre-Congreso resolvió aprobarlo como ponencia, publicarlo y enviarlo en ese carácter al II Congreso Universitario de la Universidad Nacional.

camino buscando diagnosticar nuestra propia realidad, para corregir errores y trazar derroteros que guíen nuestra acción hacia la consecución plena de los fines a que está llamada una Facultad de Filosofía y Letras en una universidad como la Nacional.

Resulta satisfactorio comprobar que las distintas Unidades Académicas, las diferentes áreas, y en general los compañeros de Facultad, se han incorporado a las tareas reflexivas previas a este pre-congreso. No es casual que la cantidad de materiales producidos nos hayan obligado a reglamentar los debates y a prolongar los días que inicialmente estaban programados para el pre-congreso. Hemos tomado muy en serio la tarea de buscar nuestra propia definición, teniendo presente que una Facultad como la de Filosofía y Letras es una Facultad que se hace continuamente, como continuamente se hace el ser humano. El hecho de que en los días anteriores hayamos dedicado conscientemente esfuerzos a esclarecernos, en ricas jornadas de reflexión humanista, no significa que nos hayamos definido de una vez por todas. Es en el aula, en la tertulia, en la tarea investigativa, en el artículo, en la discusión de proyectos, en las tareas académicas cotidianas que vamos definiendo lo que realmente somos. Pero esta cotidianidad necesita a veces de un alto en el camino como el que hemos hecho estos días y haremos en los que siguen.

Los invito a que pensemos en nuestra Facultad, a que hagamos Facultad, a que redimensionemos nuestros perfiles de integración, a que reforcemos nuestras áreas comunes, a que nos ubiquemos en el tiempo y en el espacio que nos corresponde vivir. Pertenece a una generación privilegiada: no solamente presenciamos el fin de siglo y de milenio, lo que de por sí podría constituir una pura formalidad, sino que presenciamos el derrumbe de todos los órdenes. Los que creían que el rumbo de la Historia estaba prefijado en una u otra dirección, han visto desvanecerse esquemas y sistemas. Prácticamente todas las concepciones políticas, científicas, artísticas han caído en la obsolescencia fecunda que plantea nuevos retos. Esto exige la búsqueda de nuevas soluciones y la superación de fórmulas dicotómicas, hoy en desuso.

No podemos, seria y responsablemente, asumir la misma actitud que asumían los antiguos científicos escolásticos, que se negaban a mirar en el telescopio de Galileo para no poner en duda la autoridad de Santo Tomás de Aquino o de Aristóteles. No debemos temer el poner en duda ninguna autoridad, dogma o doctrina, para así abrirnos espacio a los acontecimientos y tendencias contemporáneos que son nuevos, no por inéditos, sino porque preparan el advenimiento de un siglo XXI para el cual los paradigmas hasta ahora existentes ya resultan obsoletos. No tenemos, ciertamente, diagnósticos prospectivos, pero sí tenemos el deber de buscar nuevos marcos explicativos, porque de lo contrario le dejamos el espacio abierto a los conservadores de todos los signos.

Como Facultad de Filosofía y Letras nos corresponde dar respuesta a aquellos problemas que tienen que ver con nuestra especificidad. Somos Universidad en el tanto el conjunto de Facultades dan una respuesta en el campo de sus competencias, sin perder la visión integradora que la Universidad como tal está llamada a tener. No somos una pluriversidad ni una multiversidad, sino una Universidad en tanto contemos con una Facultad de Filosofía y Letras que sea el instrumento coordinador que unifique humanísticamente el quehacer de las Facultades, con miras al siglo XXI. Nuestro aporte debe mejorar sustantivamente el desarrollo de las ciencias sociales y naturales. Lamentablemente, nuestra Facultad ha sido una federación de escuelas, departamentos e institutos, y nuestra Universidad ha sido igualmente una federación de Facultades. Basta observar la vida universitaria y su régimen jurídico para darse cuenta de que cada Facultad tiene su propio gobierno, su decano, su consejo directivo, sus recursos asignados, sus edificios, su competencia propia, generando esto una práctica de compartimentación que atenta con la *universitas* a que hacíamos alusión. Nuestro mayor anhelo es que la reestructuración que se avecina sea el instrumento que nos haga operar a todos en una misma dirección.

Por otra parte, el especialismo, sin base humanística, no sólo hace perder al ser humano el contacto con el

conjunto de relaciones en que está inmerso, sino que también provoca una visión mutilada de la realidad, que es en lo que están interesados los sectores más retardatarios de nuestra sociedad.

Inmanuel Kant, el ilustre filósofo alemán, se enfrentó al Estado Prusiano para defender la Facultad de Filosofía, y para que ésta tuviera la misma dignidad que las Facultades de Teología, Derecho y Medicina. Como consecuencia de haber escrito su opúsculo, *La religión en los límites de la razón*, el rey Federico Guillermo II quiso cerrar la Facultad de Filosofía: el ejercicio de la razón independiente constituirá una amenaza para el Estado. La Facultad de Filosofía —decía Kant en su defensa— «sólo quiere ser libre, que se le deje en libertad para encontrar la verdad en provecho de todas las ciencias y para ponerla a disposición de las Facultades (...), esta modestia debe hacerla recomendable al gobierno mismo, como indispensable, y ponerla al abrigo de toda sospecha». «La Facultad de Filosofía puede, pues, enfrentarse a todas las disciplinas para someter a examen su veracidad» dado que las otras Facultades «tienen que soportar las objeciones y dudas que la Facultad de Filosofía expone públicamente; lo que en verdad les resultará molesto, porque sin estos críticos habrían podido reposar tranquilamente en su posición», y agregaba que «por eso la Facultad de Filosofía nunca puede deponer sus armas ante el peligro que amenaza a la verdad que ella debe proteger». Para una mente superior como la kantiana, una Facultad como la nuestra tiene la misión de establecer la jerarquía de los fines que persiguen los demás estudios, pues se basa en la autonomía de la razón, en la búsqueda de la verdad sin cortapisas, en provecho siempre de las demás ciencias.

Ciertamente, estamos conformados por una serie de unidades académicas cuyas coincidencias no siempre saltan a la vista con la mayor facilidad. Si nos ponemos a pensar en lo que pueden tener en común la Filosofía, las Letras, los Estudios Latinoamericanos, las Ciencias de la Religión, los Estudios de la Mujer, la Bibliotecología, para estar comprendidas en una Unidad Académica Mayor, en una gran área del conocimiento, podríamos llegar

a la peligrosa conclusión de que la Facultad es una simple estructura administrativa. Pero no, hay que conjurar el peligro y llegar a la misma conclusión kantiana: nuestra dignidad es nuestro propio objeto de estudio: tenemos la realidad humana como criterio de verdad y como objeto de verdad. Tenemos al ser humano que piensa, al que escribe, al ser humano latinoamericano, al que se relaciona con Dios y con otros hombres, al ser humano que aspira a que haya una sociedad en donde el hombre y la mujer estén plenamente integrados, al ser humano que conserva sus conocimientos y los transmite a las sucesivas generaciones, en fin, al ser humano que hace Universidad.

En este sentido, frente a nosotros mismos y frente a las otras Facultades, hay que repensar de un modo distinto el papel de la Facultad de Filosofía y Letras: somos indispensables porque las ciencias aplicadas están en auge. Hay que decir que en su afán de desarrollo científico-técnico (sin el cual la Universidad sería impensable) a veces se descuida la noble profesión de ser ante todo seres humanos. En un importante documento, inédito hasta ahora, que se llama *Sobre el pasado y las perspectivas de la filosofía y las letras*, escrito hace un lustro por Zoraida Ugarte, Rodolfo Meoño, Jacobo Schifter y Juan Durán, leemos: «...ahora la importancia de las ciencias es incuestionable, pero sin un estudio crítico del papel que jugarán en el tipo de sociedad que se quiere construir, podrían convertir nuevamente a las universidades en centros ajenos a los grandes problemas humanos —sociales, étnicos y culturales— que aquejan a las mayorías del continente, que no sufren únicamente carencias de naturaleza tecnológica o financiera» (pág. 9). Aquí está definido claramente el papel que constituye nuestra vocación: ser eje y catalizador del desarrollo de las demás ciencias. Nunca somos más indispensables que en una época de cambio y crisis. Las ciencias y la tecnología, productos típicamente humanos, necesitan el papel humanizador e integrador de una Facultad como la nuestra. La ciencia y la tecnología se insertan en el proceso productivo de una manera inmediata, por eso pueden encontrar eco financiero más fácilmente, pero también nosotros nos insertamos en el proceso productivo perma-

nente, a largo plazo, como formadores de seres humanos. No enseñamos a ser químicos, matemáticos o agrónomos, enseñamos simplemente a ser mejores seres humanos.

En el marco de nuestra Universidad y de nuestra sociedad, tenemos una función que está enunciada taxativamente en el Estatuto Orgánico, como primer enunciado del preámbulo: LA UNIVERSIDAD NACIONAL ENTIENDE QUE SU MISION Y VOCACION HISTORICA CONSISTE EN PROMOVER LA TRANSFORMACION SOCIAL. Si esa es la misión que la propia Universidad se ha propuesto, como Facultad de Filosofía y Letras no podemos aspirar a un modelo de educación elitista, divorciado de la realidad, a una educación neutra, a un modelo administrativista que sea funcionalmente coherente con el sistema, que obedezca simplemente a los requerimientos de un mercado en el que las Letras y la Filosofía no tienen índices de demanda. No es que como Facultad, ni siquiera como Universidad, nos corresponda la transformación social, eso sería ignorar nuestra naturaleza; nos corresponde, eso sí, contribuir a ella señalando los problemas cardinales que afectan a nuestro país, creando conciencia y aportando soluciones. La transformación de nuestros pueblos debe ser obra de nuestros pueblos; no podemos sustituir ni forzar su voluntad, no podemos ir más allá de ella, pero sí podemos ayudar a su formación, a su bienestar, al estudio y fortalecimiento de su idiosincrasia e identidad, a la profundización de nuestra democracia.

Por eso es que, más que ninguna otra Universidad, resultaría inconcebible en la nuestra la inexistencia de la Facultad de Filosofía y Letras, pues el modelo de nuestra Universidad exige que pensemos en la realidad humana, como centro y norte del quehacer académico. No podría la Universidad realizar su cometido sin una Facultad de Filosofía y Letras fuerte y consciente de su papel al interior y al exterior de la Universidad.

Sin embargo, no podemos perder de vista que, si bien es cierto somos imprescindibles, sí podemos ser prescindidos. Una sociedad política que exige respuestas

tiende a priorizar a quienes se las dan. Y hay que decir que no siempre hemos sido capaces de responder a las propuestas sociales, muchas veces por prejuicios, otras por incapacidad, cuando no por negligencia. No se trata que como Facultad formulemos respuestas orgánicas de mercado; de todos modos somos limitadamente demandados, por lo que el mercado tiende a ignorarnos, pero tampoco se trata de desconocerlo ni de darle en todos los casos una respuesta en sentido contrario: de lo que se trata es de darle respuestas de acuerdo con las necesidades reales de los distintos sectores de nuestra sociedad. Peor lo que no tiene ninguna excusa es que a veces actuemos como si nada estuviera sucediendo a nuestro alrededor.

Y no solo debemos mirar hacia afuera. Al fin y al cabo no podemos ser norte si no nos hemos encontrado. La única forma de redefinir y redimensionar nuestra propia identidad, y de promover una cultura académica unificadora y unificante, es desarrollando una práctica académica común. La identidad de la Facultad corresponde hacerla entre todos. No es al Decano ni a los órganos colegiados de la Facultad a quienes les corresponde definirla. Pero sí nos atañe la tarea de facilitar el encuentro de nuestra identidad.

La visión compartimentada que se observa en nuestras Unidades Académicas debe ser superada si queremos ser Facultad. Cooperar en vez de competir es una política interunidades académicas que merece estímulo. Hay que buscar la unidad en la diversidad, y evitar que cada Unidad Académica subsista contra las demás. La Facultad debe ser una Unidad Académica superior que opere en cada una de las áreas centrales de acción, para desarrollar procesos de integración que realicen las funciones que la Universidad nos ha encomendado. La integración no la vamos a lograr con simples declaraciones, debe constituir una especie fáctica: solo la lograremos en una acción académica conjunta. Próximamente propondré a los directores de Unidades Académicas y de Área la creación de un Consejo Académico de Facultad cuya misión sea la realización de proyectos de Facultad en todos los campos.

Debemos buscar nuevas formas organizativas integradoras que permitan, por un lado, respetar la especificidad de cada Unidad Académica, y por otro lado, afirmarla volcándola hacia la Facultad como un todo. Esto no se opone a la creciente exigencia de autonomía académica: no debemos confundir —como dije en otro momento— la AUTONOMIA académica con el AUTISMO académico. Será la consolidación de cada Unidad Académica la que permita conformar una facultad en donde se justifique la existencia de cada Unidad Académica, distinta pero estructural y funcionalmente integrada en la Facultad.

Nos preparamos para el próximo Congreso y nos toca protagonizar la defensa del perfil humano del saber, hacer teoría universitaria, aportar la visión globalizante, hacer sentir nuestra presencia y nuestra voz en el concierto de las otras Facultades. Somos la única facultad que realiza investigación en el campo humanístico, la única que hace extensión en humanidades, y la única que forma profesionales en diversos campos humanísticos, por eso es que la Universidad, para no perder su fisonomía como tal, no puede prescindir de una Facultad como la de Filosofía y Letras.

9 de agosto de 1990

